

forma, el Verdugo quebró, sobre la cabeza del Enano, todos los cocoyoles que estaban en el canasto. Cuando terminó su tarea, el Verdugo cayó desmayado. El Enano, sonriendo, se volvió a sentar sobre el calabazo. Miró al rey; bajó del tablado y fué a reunirse con los vecinos de su pueblo. Nadie salía de su asombro; nadie quería creer lo que con los ojos había visto.

El rey, entonces, aturdido, se puso de pie. Bajó de su trono y dirigiéndose al Enano le gritó con grandes voces:

—Ahora te exijo contestes una pregunta.

El Enano, trepándose sobre los hombros de dos jóvenes, contestó:

—Tú eres el rey y yo te obedezco. Pregúntame lo que quieras.

Al punto el rey, demudado, saltó los ojos, dijo:

—Dime, si puedes, cuántos frutos hay en la ceiba que está en medio de la plaza.

El Enano, sin titubear, respondió:

—Eso es fácil.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el rey.

—Lo sé porque un murciélago me lo dijo.

Y en seguida, dijo la cantidad de frutos que había en la ceiba.

—Sube a contarlos —le ordenó el rey.

—No sería justo; pero lo deben hacer tus esclavos —arguyó el Enano.

—Tienes razón, désignalos —afirmó el rey.

Y el Enano mandó a dos esclavos del rey que subieran al árbol y contaran los frutos. Cuando acabaron, se acercaron al trono y en voz alta, dijeron la misma cantidad que había dicho el Enano.

Pero el rey no se dió por satisfecho. Iba ya a poner una segunda condición, cuando sus propios consejeros se levantaron de sus lugares y se cubrieron la cara con sus mantos.

El rey les dijo:

—¿Por qué hacéis eso?

El más anciano, adelantándose, le respondió:

—Nos avergüenza tu injusticia. Como rey debes cumplir tu palabra.

Al oír esta acusación el rey se puso mortalmente pálido; se despojó de su manto y subió a la plataforma. Allí titubeó un momento. Al fin, demudado, puso la cabeza sobre la piedra del tajo. El Verdugo se acercó; colocó un cocoyol en la real cabeza y descargó un golpe. El rey quedó muerto en el acto.

Entonces, entre las exclamaciones del pueblo, el Consejo de los Ancianos, proclamó al Enano, rey de *Uxmal*.

Desde aquel día el Enano fué llamado *el Adivino*. Le rindieron honores y le juraron fidelidad. Lo primero que hizo el nuevo rey fué mandar mensajeros a *Kabah* para que trajeran, con el respeto debido, a la Vieja. Así lo hicieron los mensajeros más veloces. Llegaron ante ella y la saludaron. Estaba, como siempre, junto al fogón, removiendo las brasas y el rescoldo. La Vieja oyó el mensaje que le enviaba su nieto y dijo que no iría jamás a *Uxmal* si alguien no se quedaba a cuidar el fuego de su choza. Supo el rey la condición que exigía la Vieja y ordenó que uno de sus esclavos se quedara en la choza, alimentando, para siempre, el fuego.

Sólo así la Vieja salió de *Kabah* y se dirigió al palacio de su nieto. En seguida mandó éste construir un palacio muy grande para que en él viviera. En poco tiempo el palacio que-

do concluido; y era de veras suntuoso; desde sus terrazas se miraba la anchura del Valle, y en la lejanía, hacia el norte, la sombra de la antigua ciudad de *T-Ho*. Al pasar junto a él los vecinos decían: "este es el *Palacio de la Vieja*". Cerca de este palacio el rey mandó hacer otro para sí mismo. Fué conocido, por propios y extraños, por el *Palacio del Adivino*. Todavía, mandó levantar otro palacio para regalo y asiento del más anciano de los hombres de su consejo. Las gentes dijeron: "este es el *Palacio del Gobernador*".

La felicidad se regó por las tierras del reino de *Uxmal*. Por años, fueron abundantes las cosechas de maíz; creció el algodón y dió capullos de colores; la lluvia cayó en buen tiempo; y las brisas del mar refrescaban los ardores de la tierra calcinada por el sol. Los escribas del reino recogieron las historias y las leyendas de las épocas antiguas y las grabaron en piedras. Las fiestas que se hacían, de acuerdo con las enseñanzas de *Zamná*, eran sin sangre. Las doncellas crecían sin miedo, guardando su decoro para el gozo y la alegría de sus dueños.

Al cabo de muchas lunas la Vieja se sintió morir, mandó a llamar al rey y le dijo:

—Voy a morir porque ya es tiempo que así suceda. No me llores, porque esto no es cosa de dolor. Cumple con la justicia que aprendiste de mi boca, si quieres que tu reino viva con felicidad. Oye el consejo de todos y sigue el mejor. No le tengas miedo a la verdad, aunque ésta sea amarga. Sé antes benigno que justo y antes que cruel, justo. Destierra de tu corazón el espíritu de la venganza. Acata la voz de los dioses pero no seas sordo a la voz de los hombres. Recuerda que los dioses, a veces, hablan con la voz de la tierra. No desdeñes, tampoco, la tristeza de los humildes. Entiende que sólo es bueno lo que nace de la propia sangre. No reveles el secreto de tu fuerza. Las esteras y los tapices se ven de frente. ¿Qué ganarás si dices, por ejemplo, que yo te puse, debajo del cabello, duros pedernales, el día de la prueba que sufriste? ¿Qué ganarás si digo que escogiste a los dos únicos esclavos que no sabían contar y que, por fuerza, por miedo y pudor, tenían que repetir la misma cantidad que dijiste? Sé bueno pero no te olvides de la maldad ajena. Has de oír antes de hablar.

Murió la Vieja y fué enterrada en un lugar que, durante mucho tiempo, quedó señalado por una estatua.

Al cabo de los años al Adivino le faltaron fuerzas en el espíritu y por disimular su miseria se hizo cruel. Cometió injusticias, desoyó los consejos y olvidó las palabras postreatas de su abuela. Engreído, mandó que el fuego de la choza fuera apagado. Cuando hizo esto, un rayo derribó la estatua de la Vieja y la piedra se esparció por la tierra como ceniza negra. Los dioses tutelares se agazaparon tras los montes y meditaron, con enojo, la materia de su venganza.

Todavía creció más el orgullo del Adivino. Una vez dijo a los ancianos de su consejo, estas palabras sacrílegas:

—Ningún dios es indispensable porque yo puedo hacer otros más recios, más sabios, más poderosos y de palabra más sonora.

Los ancianos, al oír esto, por penitencia, se quemaron los oídos con ceniza caliente.

El Adivino mandó hacer, entonces, una estatua de madera, para adorar al dios que imaginó. Ordenó luego que la pusieran sobre una

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopia

Si quiere suscribirse al
"Repertorio Americano"

diríjase a

F. W. FAXON C^o

Subscription Agents

83-91 Francis Str.

Back Bay

Boston, Mas. U. S. A.

hoguera. Pronto de la estatua no quedó sino un montón de ceniza. Mandó hacer otra de piedra. Dispuso que también fuera puesta sobre una hoguera. De la estatua no quedó sino un rimero de cal. Todavía mandó hacer otra de barro y la hizo poner también sobre una hoguera. Gozoso entonces vió que mientras más ardía más recia y más hermosa se mostraba. Al cabo de varias horas de arder, con el solo impulso del viento, vibró como si fuera de cristal.

El pueblo, reunido alrededor de la hoguera, creyó que la estatua hablaba. Y la adoró, sumiso. Desde entonces las gentes de *Uxmal* fueron llamadas: "las que adoran el barro".

Pero los dioses al ver que en los altares de *Uxmal* el Adivino había puesto la estatua de un dios falso, llenos de ira, decidieron vengarse y juraron la destrucción del reino. Y la destrucción llegó como luego se dice.

De tierras lejanas vinieron guerreros de corazón duro, de mano torpe. Cayeron sobre el reino y lo destruyeron todo. Lo que no destruyeron lo infamaron con sus pies. *Uxmal* desapareció.

Pero las gentes que saben dicen que la Vieja y el Adivino viven todavía y que vivirán años y años hasta que *Uxmal* recobre su antiguo esplendor. Dicen que viven en el subterráneo que va de *T-Ho* a *Maní*. Dicen que allí están sentados a la orilla de un río y que a los indios que pasan les ofrecen jícara de agua y les cantan al oído canciones secretas que todos entienden pero que nadie revela jamás.

En Washington, D. C.,
Setiembre de 1949.

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscripción al

Repertorio Americano:

The Moore-Cottrell
Subscription Agencies

Incorporated

North Cohocton, New York